



DÍA CON DÍA

Héctor
Aguilar
Camín

Vistas de Los Ángeles

Vine a Los Ángeles porque se graduaba mi hija Catalina en su escuela de cine. Mi experiencia de llegada fue tan básica como la que tuve la primera vez que entré a Estados Unidos, precisamente por California, hace 40 años: la impresión de estar en un país enorme, cuyo tamaño se resiste a la comprensión de la mirada. La desborda de tal manera que la vuelve insignificante.

Nada parece sencillo ni explicable en esta salvaje inmensidad urbana. La perspectiva inmediata de la ciudad es inhumana. La gente parece disminuida en el tráfo de *highways*, palmeras y rascacielos. Parece no haber gente que camina ni calles para caminar. Sólo coches, edificios, barrios innumerables e invisibles.

La primera y constante impresión que uno tiene de Los Ángeles es que hay más coches y *highways* que personas. La segunda es que así como Buenos Aires suena a tango, Los Ángeles suena a *soundtracks* de películas famosas.

Uno está siempre oyendo *Casablanca*, *Out of Africa*, *El Padrino* o *Star Wars*. Y conversaciones en español.

La ciudad tiene algunos de los árboles más bellos del mundo. En estos días de junio están floreadas y visibles sus incontables jacarandas, sólo mejoradas en la línea visual de la ciudad por las altísimas palmeras que escoltan algunas calles. Y por los laureles de la India que una cuidadosa jardinería urbana mantiene redondos y armónicos en sus copas, como

dibujados por un pintor hiperrealista.

La ciudad de Los Ángeles es en realidad varias ciudades. Para ir de una a otra hay que hacer lo que para ir a cualquier lugar en Los Ángeles: subirse a un coche, tomar una avenida o un *highway*, y caer en un embotellamiento.

Fuera de la *rush hour*, en la que toda la ciudad es un estacionamiento, cada embotellamiento tiene su explicación única e inesperada. No es que la ciudad sea así, es que siempre sucede algo extraordinario

Camino al museo Getty, por ejemplo, que está en lo alto de una colina y recuerda la elevación metafísica de Machu Picchu, hay un embotellamiento inesperado. La entrada al *highway* de Sepulveda *boulevard* está atascada porque por ella se va al campus de la UCLA y hoy es el día de graduación de la UCLA.

Mi hija Catalina y su novio vienen a buscarnos del *downtown*. Tardan más de una hora en llegar, el doble de lo previsto, porque este sábado ha sido el *Pride Parade*, el desfile del orgullo gay, y el *downtown* está inesperadamente embotellado.

Aprendí a preguntar, cuando me decían que estábamos a 15 minutos o a media hora de un lugar: "¿Cuántos 15 minutos?", "¿Cuántas medias horas?"

Los minutos de tráfico son dobles en Los Ángeles, igual que las raciones de papas fritas, el aroma de la fama, la veneración del triunfo y el espejo de la celebridad. ■ M

acamin@milenio.com

